

HISTORIA DE LA LITERATURA EN NUEVA GRANADA

CAPITULO I

Estado de la literatura en la Península a principios del siglo xvi.—Salida de los descubridores del Nuevo Reino.—El Licenciado Quesada y sus escritos.—Personas que le acompañaban.—La conquista.

1538-1580

La historia de nuestra literatura presupone el conocimiento de la española, particularmente en la época en que se desprendieron de sus glorias las nuéstras, y nuestras letras se apartaron de las suyas, por lo cual tenemos que dirigir una mirada al través de los mares sobre esa España literaria tan a menudo confundida con la España guerrera, para conocer mejor el desarrollo de esta sección de la literatura castellana aclimatada entre las selvas de los Andes granadinos.

El siglo de oro de las letras españolas se comprende entre los nombres de Rioja y Herrera, Calderón, Lope y Cervantes. Por lo tanto la literatura estaba en el último día de su infancia, e iba a entrar de lleno en su lozana y vigorosa juventud, cuando se aprestaban en las costas de Santa Marta el ejército y la escuadrilla destinados a conquistar el Nuevo Reino de Granada.

Castilla, devorada por sus guerras civiles y dominada durante un largo período por sus bandos insensatos, había encontrado, al fin, la paz y la gloria en el reinado de los Reyes Católicos, quienes no solamente juntaron las coronas de Aragón y Castilla, sino que conquistando definitivamente la morisca Andalucía, habían nacionalizado toda la España y reunido los corazones de los españoles bajo un solo trono y una sola bandera, que lo mismo simboliza el poderío de sus reyes que la gloria del ínfimo hidalgo.

La afición literaria, sentimiento que se había despertado bajo el reinado de don Juan II, estimulado por el rey mismo y su valido, que hacían coplas, se iba difundiendo entre aquellos guerreros incan-

sables; y si bien tuvo un interregno bajo el reinado de Alfonso, de ingrata memoria, en la misma proporción de su aparente decadencia, vino la reacción bajo el reinado de Isabel y Fernando. Al entregar estos reyes en paz y floreciente su vasto imperio a Carlos V, se encontró que la lengua y la poesía se habían pulido maravillosamente en el silencio de la paz y a la sombra de los laureles de la gloria. Este adelantamiento se ve, y se palpa este desarrollo del lenguaje, casi desde su primitiva rudeza hasta su más galana expresión, como lo poseen hoy nuestros mejores hablantes, leyendo rápidamente tres páginas cogidas al acaso: una de Villena, otra de Hurtado de Mendoza y otra de Garcilaso de la Vega, páginas que abrazan cinco reinados apenas y que parecen sin embargo estar retiradas por cinco siglos. Villena habla todavía como don Alfonso el Sabio; Garcilaso tiene ya el lenguaje que habla Quintana, con escasa diferencia.

La misión de Garcilaso, como la de todos los hombres de primer orden, no era sólo arrastrar los contemporáneos sino formar la posteridad. En aquel lírico eminente tuvo principio la escuela nacional, que fue reforzada después en cada siglo por diez o más escritores de igual habilidad; pero cuando él apareció con su nueva forma de poesía, el lenguaje favorito de los escritores contemporáneos estaba a mil leguas de distancia y de atraso; y este lenguaje, más general y más usado, más inculto e incorrecto, fue el que trajeron nuestros conquistadores y el que se habló y escribió por mucho tiempo en el Nuevo Reino, aun después de consumada en España la revolución introducida por Boscán, Garcilaso y sus imitadores. Así, pues, el lenguaje poético que conocieron nuestros primeros poetas granadinos era el de Castillejo, a lo sumo, y si hubo algún adelanto, lo debieron a la lectura de la Araucana, la que, merced a los hechos que cantaba, fue introducida con presteza en este reino, y se popularizó en las colonias, como lo veremos más adelante (1).

(1) Los conquistadores del Nuevo Reino de Granada no fueron extraños a las disputas de carácter artístico suscitadas en la Península con motivo de la introducción de los metros italianos. Dos de los personajes más conspicuos de la famosa expedición salida de Santa Marta en abril de 1536, con el fin de explorar las ásperas y desconocidas montañas ribereñas del caudaloso Magdalena, y quienes, además, estaban destinados a implantar en este suelo la afición por las letras humanas, discutieron, seguramente durante los descansos de la interminable travesía, acerca de la cuestión capital que agitaba por entonces a los ingenios españoles. Don Juan de Castellanos, patriarca de nuestra poesía, era defensor de las ideas *modernistas*, al paso que el jefe de la expedición se inclinaba al tradicionalismo literario personificado en Juan de Mena. El mismo Castellanos nos lo refiere así en sus *Elegías*, 4ª parte, capítulo XIII:

*“... Jiménez de Quesada, licenciado,
que es el Adelantado deste Reino,
de quien puedo decir no ser ayuno
del poético gusto y ejercicio:
y él porfió conmigo muchas veces
ser los metros antiguos castellanos
los propios y adaptados a su lengua,
por ser hijos nacidos de su vientre,
y éstos (los italianos) advenedizos adoptivos,
de diferente madre y extranjera;
mas no fundó razón, porque sabía
haber versos latinos, que son varios
en la composición y cantidades,
y aunque con diferentes pies se mueven
son legítimos hijos de una madre,
y en sus entrañas propias engendrados
como lo son también en nuestra lengua,
puesto que el uso dellos es moderno...”*

Mas no solamente con Quesada porfiaba Castellanos en disputar sobre las ventajas del sistema *petrarquista* o del *italico modo*: en la tropa venia también Lorenzo Martín, “valentísimo soldado”, que versificaba “según antiguos modos de españoles, con tan sonora y abundante vena”, que nunca vio su adversario en métrica cosa semejante. El tal Martín decia que los endecasílabos

*“dejaban tan mal són en sus oídos
que juzgaba ser prosa que tenía
al beneplácito las consonancias.”*
(Nota de G. O. M.)

Mas, si el lenguaje poético estaba atrasado cuando vinieron nuestros padres de España, la prosa puede decirse que aún no existía, no habiendo aparecido por aquel tiempo los que después la hicieron tan correcta y la elevaron a la altura del lirismo. Como es sabido, la excelencia de la prosa española no brilló sino bajo el reinado de los tres Felipes, siendo Antonio Pérez el más antiguo de los prosistas eminentes que poseemos (1). La prosa religiosa no había tenido aún a su fundador, el venerable padre Avila, que empezó a escribir a mediados de aquel siglo. El estilo de los prosadores a principios del siglo era malo: su esfuerzo por imitar el período latino, único modelo que se proponían, hacia que sin acercarse al original, se desvirtuase com-

(1) El reinado de Carlos V ofrece prosistas eminentes a la manera clásica. Basta citar a Hurtado de Mendoza y a Juan de Valdés, el célebre autor del *Diálogo de la lengua*. (Nota de A. G. R.)

pletamente el genio de nuestra lengua, flexible y rica cuando se la maneja sin andaderas, así como era dura y áspera cuando se empeñaban en vaciarla en el molde de Cicerón. No debemos, sin embargo, vituperar totalmente esos esfuerzos, porque a esa sistemática imitación de los antiguos se debe que nuestra lengua sea la única que conserva algo de la majestad y del número que poseía la del Lacio; aunque las andaderas clásicas robaron mucho de su originalidad y retardaron su desarrollo.

El teatro estaba todavía en embrión, haciéndose los primeros ensayos no para producir el drama, sino para adivinar sus reglas, trabajo costoso y lento que no vino a perfeccionarse sino en el siglo siguiente.

En tal estado dejaban las letras en su patria y tales eran las nociones del lenguaje literario que traían los futuros conquistadores, cuando se aprestó la conquista del Nuevo Reino. Esta conquista fue encomendada al licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, quien, como hombre de letras, es la primera figura que tenemos que examinar, al empezar el camino que pretendemos recorrer.

✱ El licenciado Jiménez de Quesada era natural de Córdoba, originario de Baeza, y se crió en Granada, adonde se había trasladado su familia por haber obtenido su padre en aquella ciudad el cargo de juez. Llamábanse sus padres Luis Jiménez de Quesada e Isabel de Rivera Quesada, y nació en 1499 ó 1500. Estudió derecho, se graduó y abogó en la cancillería real. En 1535 se enroló como auditor en la expedición que preparaba don Pedro Fernández de Lugo, gobernador de Santa Marta, para descubrir el Nuevo Reino. Vióse de repente ascendido a jefe de la expedición, por la traición vil que hizo al gobernador su mismo hijo, que fugó robando a su padre cuantiosa suma, y a sí mismo la corona de descubridor a que no alcanzó su ánimo mezquino. El licenciado Quesada no extrañó el cambio de la pluma de su oficio por la espada de conquistador. Mostrose por sus hechos digno del repentino encargo: grande y constante guerrero, general hábil y previsor, no rebajaron su excelso ánimo los indecibles trabajos de la internación, abriéndose camino con su ejército por montañas que hoy mismo son intransitables. Consumó gloriosamente la conquista del reino, fundando la capital de Santafé de Bogotá el 6 de agosto de 1538. Hizo viaje a España en 1539 a dar cuenta de lo conseguido; y en doce años que permaneció en Europa derrochando

regiamente una enorme suma, no consiguió lo que pretendía, sino apenas el título de mariscal y de regidor de la ciudad de Santafé con dos mil ducados de renta. Después se le dio título de Adelantado con aumento de su renta. Capituló el descubrimiento del Dorado; pero en esta jornada fue muy desdichado. Terminó su vida y su varia fortuna en 16 de febrero de 1579, en la ciudad de Mariquita, devorada el alma por los disgustos y el cuerpo por la lepra. Mandó en su testamento que se pusiese en tu tumba este epitafio:

Expectamus resurrectionem mortuorum.

Sus restos descansan bajo el prebisterio de la Catedral de Bogotá (1).

(1) Don Gonzalo Jiménez de Quesada nació en Granada, y no en Córdoba, probablemente hacia la última mitad del año 1506. Su padre (Luis o Gonzalo) si era natural de Córdoba, y su madre Isabel de Rivera oriunda de la misma ciudad, ambos de buen abolengo. De ese matrimonio nacieron seis hijos; el Adelantado, que fue el primogénito; Hernán Pérez de Quesada, personaje importante entre los conquistadores de nuestro país; Francisco, soldado también de la conquista; Melchor, presbítero, y dos hermanas llamadas Andrea y Magdalena.

Quesada fue, como su padre, abogado, y ejerció la profesión ante la real chancillería de Granada hasta la época en que vino como justicia mayor de la lucida expedición que trajo de España el gobernador y capitán general de las tierras de Santa Marta, don Pedro Fernández de Lugo. En cuanto a su figura sólo sabemos —al decir del historiador Plaza— que tenía el rostro grave, el cuerpo robusto y la estatura regular. Su carácter firme y pronto para las resoluciones; era constante en los propósitos; valiente y sufrido; de conversación instructiva; generoso y muy atento y comedido. "Hombre honrado, de gentil entendimiento y muy hábil," según nos cuenta el capitán Hernández de Oviedo, y de "agudo ingenio, no menos apto para las armas que para las letras", como dijo hablando de él don Antonio de Herrera.

Consumada la conquista del Nuevo Reino, ni siquiera logró Quesada en un principio obtener en España el nombramiento de Adelantado, pues fue vencido en esta aspiración por el codicioso y audaz aventurero don Alonso Luis de Lugo, merced a las relaciones influyentes de éste en la corte. Al finalizar el año de 1550 regresó a Santafé: aquí se le recibió con las atenciones debidas, no sólo por los títulos de mariscal y regidor que traía, sino por sus méritos y prestigio.

Años después, con motivo de las quejas dadas a la corona contra el juez de residencia del gobernador de Cartagena, don Pedro de Heredia, por un hijo de éste, fue designado Jiménez de Quesada para aquella gobernación, y como juez, a su turno, el fiscal Juan Maldonado. El mariscal aceptó el cargo por poco tiempo, a causa del mal estado de su salud, y regresó a Santafé, donde recibió el nuevo título que le otorgaba el rey Felipe II, de Adelantado del Nuevo Reino, pero sin jurisdicción ni mando (Real cédula del 5 de marzo de 1565).

El espíritu aventurero de Quesada no cejó con la edad. En 1568 emprendió una expedición larga y aparatosa a los Llanos orientales, con poderes amplios del rey, quien le daba para sí y sus herederos el gobierno perpetuo de cierta parte

En 1572 y 1573, cuando guerreaba contra los guascas y gualies, escribió una relación de la conquista y guerras posteriores bajo el nombre de *Compendio Historial o Ratos de Suesca*, cuyo manuscrito vieron repetidas veces en esta corte y en la de Madrid nuestros historiadores antiguos (1); pero gracias a nuestra desidia al fin se perdió,

de territorio en aquella región, entre las provincias del Pauto y Papamene. El viejo Adelantado llevaba cuanto era necesario: trescientos soldados, varios sacerdotes regulares y seculares, mil quinientos indios de servicio y esclavos negros, más de mil caballos, seiscientas vacas, ochocientos cerdos y gran acopio de pertrechos. Mas fracasó en su empresa.

Gobernando la Audiencia a la partida del presidente Venero de Leiva para España —a quien Quesada consideraba como su “enemigo declarado”— dio aquella encargo al benemérito fundador para pacificar a los indios gualies, y no lo rehusó aunque estaba “doliente y en edad cansada”, teniendo que ir a la campaña “cargado en hombros de otros hombres”, según su gráfica expresión. Este sacrificio dio el resultado apetecido: los naturales quedaron sujetos y el Adelantado fundó a algunas leguas de Mariquita un pueblo con el nombre de Santa Agueda, que no subsistió. Quesada, agravado de sus dolencias, se trasladó después a Tocaima, y luego a Mariquita, en donde falleció de la manera desastrada de que Vergara nos da cuenta.

Sus cenizas reposan en monumento especial en el cementerio católico de Bogotá. (Nota de G. O. M.)

(1) Me encontré en una de las librerías de la Corte con el *Compendio historial de la conquista del Nuevo Reino*, que hizo y escribió y remitió a España el Adelantado don Gonzalo Ximénez de Quesada; pero con tan mala estrella, que por más de ochenta años había pasado por los ultrajes de manuscrito entre el concurso de mucho libros impresos (Piedrahíta, *Historia general del Nuevo Reino de Granada*, Prólogo (*)).

(*) El historiador don Enrique Otero D'Costa (E. de Saldanha) en su erudito ensayo sobre “El licenciado Jiménez de Quesada” demuestra que el *Compendio historial de las conquistas del Nuevo Reino de Granada y Los ratos de Suesca*, son obras completamente distintas. La última fue enviada a España para su publicación, y en 4 de noviembre de 1568 se obtuvo la licencia para imprimirla. Por tanto, fue escrita antes de dicho año, posiblemente en alguna temporada que el autor pasara en la aldea de Suesca. Por las pocas noticias que de ella nos quedan se infiere que no formaba un libro de carácter esencialmente histórico, aun cuando sí debió tratar asuntos relacionados con las Indias, según se indica en la licencia real. El mismo título del libro “deja entrever más bien unas páginas trazadas por un hombre retirado del mundo que en la paz de la aldea mata sus ocios tratando ciertos temas político-histórico-filosóficos, que un libro dedicado al relato y estruendo de guerras, batallas y proezas”.

En cuanto al “Compendio historial”, sábese que de él existieron dos ejemplares: el uno fue a España sin duda para entrar a las prensas, y el otro quedó en Bogotá y lo tuvo a la mano Zamora a fines del siglo XVII cuando preparaba su cró-

aunque había atravesado las épocas más trabajosas y existía hasta 1848 en la Biblioteca Nacional de Bogotá: su pérdida nunca será tan deplorada como lo merece. Esta obra la tomó el doctor Antonio Plaza de la Biblioteca Nacional para escribir su historia de la Nueva Granada, e inserta largos trozos. A la muerte de Plaza, acaecida en 1854, se perdió entre sus papeles (1). Los únicos escritos de Quesada que se conservan son los cortos *Fragmentos* que citan Zamora y Plaza, y una relación sobre los conquistadores y encomenderos que existían cuando la escribió. Su estilo era limpio, y su lenguaje tan correcto como se podrá juzgar por la siguiente muestra con que comienza la citada relación:

“Unos son muertos y éstos son los más; otros están en España, que con lo que acá hubieron, se han ido a sus tierras donde viven; otros se han ido en tiempos pasados a otras partes de Indias; otros que se quedaron en este reino de ellos son también muertos de treinta años a esta parte; de manera que cuando esta relación se escribe, hay sólo vivos cincuenta y tres, cuyos nombres aquí irán puestos, y como van nombrados por su orden, así se ha de entender que llevan la misma orden en los méritos que tienen según lo que trabajaron y sirvieron en el descubrimiento y conquista de este reino, de los que agora hay vivos; y asimismo irá aquí puesto lo que cada uno tiene y se le ha dado en premio de sus servicios, y lo que más se requiere para entender esta relación y todos brevísimamente, de manera que cuando alguno ocurriere a España pidiendo gratificación de sus servicios, no haya necesidad de más que ver esta relación, y ver por ella si es de

nica de la provincia dominicana de San Antonino. Fue escrito durante la época señalada por Vergara, y por consiguiente cinco años después de *Los ratos de Suesca*. Piedrahíta añade que a Quesada “privilegió la naturaleza para que acertase a escribir con templanza lo que primero obraba con valentía”.

(Nota de G. O. M.)

(1) El mismo historiador Otero D'Costa sostiene en el estudio citado que Plaza no tuvo en sus manos ni vio el *Compendio historial*, y mucho menos pudo haberlo consultado. Esto lo funda en el cotejo que hizo del texto de Plaza con los de Zamora y Piedrahíta, del cual aparece claramente que las citas de Quesada que trae a colación Plaza, son tomadas de las obras de aquellos dos eclesiásticos, pues sería verdaderamente maravilloso que habiendo tenido a la vista el manuscrito no hubiera hecho siquiera una cita independiente de las de Zamora y Piedrahíta. (Nota de G. O. M.)

los primeros, y si lo fuere ver por ella si está pagado o no, y lo que merece.”

Como se ve en este escrito, su pluma estaba ejercitada, pero el carácter serio y lacónico de tal relación no permite esperar que se encuentre en ella su verdadero estilo, como sucedería, sin duda, en los *Ratos de Suesca*, que por estar escritos con desahogo y por el asunto de que trataban, debían de ser interesantes en extremo. El Adelantado, título que recibió cuando se cansó de esperar las mercedes que pedía y cuando ya tenía el triple atraso de la vejez, la lepra y la pobreza, el Adelantado, decimos, debía de ser *chusco* y de festivo ingenio, porque era andaluz, y lo prueba esta frase de su *Compendio Historial*, en que habla del incendio del templo de Sugamuxi, citada por Zamora: (1)

“Era cosa de ver sacar cargas de oro los christianos en las espaldas, llevando la christiandad a las espaldas.”

He aquí los fragmentos que cita Plaza, entre los cuales hay buenas pinceladas, como el juicio sobre Venero de Leiva:

“El Benalcázar, visto que el otro le entraba en los pueblos de su gobernación y que ponía las justicias de su mano, y que el poder que traía de Miguel Díaz, era contra lo que había proveído el Consejo, hizo gente de guerra para ir en su busca, y tuvo harta en qué poder escoger, porque acababa entonces de darse la batalla entre Pizarro y el virrey Blasco Núñez, donde éste fue muerto, y con gente de esta traza, avezada ya de años atrás a la tiranía, tomó ciento cincuenta hombres de ellos y vino en demanda de Jorge Robledo, el cual tenía también su cierta gente de guerra, y trataron antes ciertos medios entre él y el otro, y se concluyeron al fin, y asentada la paz, etc. (2).

“Algunos de los que atestiguaron en ello (en la causa de Montaña) fueron hombres de gran sustancia y de grandísima edad y reputación, y alguno de ellos descubridor y conquistador de este reino, y el más viejo y más antiguo hombre que hoy hay en todas estas partes de Indias, y sobre todo muy hijodalgo. . .

“Porque hubo testigos de vista, soldados del Perú, especialmente un Francisco Morcillo, a quien Montaña se descubrió, y así lo dijo

(1) Zamora, libro 2º, Capítulo VII.

(2) *Compendio Historial*, libro 3º, Capítulo II.

y declaró en su dicho: esto sin las probanzas y presunciones que de esta maldad había (1).

"Gustaba mucho Venero de Leiva de salir al campo a recrearse con algunos amigos, no olvidándose en estas fiestas de perseguir a quien él quería mal, por todas las vías que a él le pareciese; porque en esto tuvo un rencor nunca visto, sin saber jamás perdonar aunque se le humillasen. Al fiscal licenciado Alonso de la Torre, porque queriendo informar en la Audiencia cierto negocio, no se quitó la gorra, lo reprendió, y mandó a un alguacil que lo llevase a la cárcel. No le faltaron al Venero, durante los diez o doce años de su cargo, otras competencias, que fueron con los frailes dominicos, con los cuales, aunque a temporadas estuvo bien con ellos y ellos con él, pero otras, que fue lo más ordinario, y las últimas tan mal, que públicamente lo llamaban el destruidor del reino y de los naturales dél. Llevó de esta tierra tanta abundancia de lo que se viene a buscar a estas partes, que si es cierto lo que dicen las gentes, él fue el más rico hombre de las Indias, porque en oro le daban más de doscientos mil pesos. De esmeraldas fue mayor la cantidad, una riqueza nunca vista en la Europa, en el número, en el tamaño, en la bondad y calidad de las mejores y más subidas. Las joyas que llevó su mujer eran dignas de grande alabanza." (2).

No se contentó el Adelantado con escribir sobre asuntos profanos: como español, y español del siglo XVI, en que la religiosidad y el valor jamás riñeron, dióse a los asuntos sagrados. Escribió el general Quesada nada menos que una *Colección de sermones con destino a ser predicados en las festividades de Nuestra Señora*: tal era el título. Este manuscrito existía en Bogotá hasta fines del último siglo: y ¡cuántas veces habremos oído esos sermones sin saber nosotros y acaso tampoco el predicador, que eran del conquistador de este suelo! (3).

(1) *Compendio Historial*, libro 3º, Capítulo VIII.

(2) *Compendio Historial*.

(3) He aquí la lista de otras obras que, según Otero D'Costa, escribió Jiménez de Quesada:

"*Relación de la conquista del Nuevo Reino de Granada*". Narración escrita por Quesada hacia los años de 1538 o 39, y que trataba de la conquista del país de los moscas y aldeaños, así como también de la descripción de sus costumbres, usos y productos naturales de sus tierras, según se estilaba en esa clase de trabajos. El manuscrito original se ha perdido, y solamente restan de él los extractos que insertó don Antonio de Herrera en su *Décadas de Indias*, más nueve párrafos que al parecer copió textualmente el desconocido autor del *Epítome de la Conquista*,

Eran los compañeros de Quesada capitanes de algún renombre en las filas españolas durante la guerra de Italia. Pero por lo que hace a mérito intelectual o educación, apenas sabemos que *Juan de Olmos*, uno de sus compañeros que remontó en la escuadrilla el Magdalena, era hombre letrado; y que en el ejército había un soldado llamado *Lorenzo Martín* que les divertía el ánimo de sus fabulosos padecimientos con graciosas y oportunas improvisaciones, según cuenta el historiador Piedrahita. En general los hombres que fundaron nuestra sociedad eran incultos soldados que desde su más temprana edad estaban en los campamentos, siguiendo la vida agitada del Emperador; y adoptando el juicio de un historiador que escribió cien años después, con las tradiciones frescas todavía, *eran tan ignorantes que los cabildos que hacían los firmaban con el fierro con que herraban las vacas* (1). Empero, la mayor parte de aquellos conquistadores eran

trabajo esté último descubierto por el erudito americanista don Marcos Jiménez de la Espada, quien lo atribuyó a Quesada sin dar las razones que para ello tuviera. Tal teoría fue aceptada sin restricciones por escritores de la talla de don Vicente Restrepo, y de entonces a 1916 se vino afirmando esto sin distingos; mas hoy en día, después del análisis implacable que sobre el mencionado *Epítome* hizo Otero D'Costa, es preciso concluir que tal colcha de retazos no pertenece a Quesada.

"*Gran cuaderno*". Parece verídico que el Adelantado, movido quizá por su manía literaria, reunió en un cuaderno los apuntes de sus hechos en las tierras de la gobernación de Santa Marta, con el fin de arreglarlos y darlos más tarde a la estampa. De esta rica fuente tomó tal vez el mismo Quesada los datos para escribir la *Relación* que debió pasar a la corte, sobre sus conquistas; de ellas tomó asimismo gran acopio de datos Oviedo y Valdés, con los cuales llenó los 24 capítulos que dedica en su *Historia* a la conquista del Nuevo Reino de Granada.

"*Apuntamientos y noticias sobre la Historia de Paulo Jovio*". Fueron 37 capítulos que escribió Quesada para refutar algunas críticas a la nación española hechas por aquel célebre obispo italiano. El historiador español don Juan Bautista Muñoz tuvo el manuscrito en sus manos y tomó sobre él algunas curiosas anotaciones; mas no indica en qué sitio lo vio. Tales notas se hallan insertas en la obra del señor Jiménez de la Espada sobre *Juan de Castellanos y su Historia del Nuevo Reino*.

"*Anales del emperador Carlos V*". Refutando Quesada a Jovio, sobre el tema de las comunidades de Castilla, dice en la obra anteriormente citada: "No fue causa de aquellas alteraciones la codicia de aquellos flamencos, como más largamente se verá en los *Anales* que escribimos del Emperador Carlos V."

"*Las diferencias de la guerra de los dos mundos*". De esta obra habla igualmente Quesada en los mencionados *Apuntamientos*, sin que de ella se tenga otra noticia.

(1) Rodríguez Fresle, *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino*, pág. 50.
(Nota de G. O. M.)

primogénitos de familias hidalgas pero empobrecidas o segundones, a quienes el mayorazgo excluía, y que salían a buscar fortuna. Tenía tal fama de juicio la población que se fijó en el Nuevo Reino, que entre otros muchos testimonios de ello lo comprueban las palabras que pone Castellanos en boca de un soldado de Urzúa, en la isla Margarita:

*Mirad, señor, que no tratáis agora
Con los del Nuevo Reino de Granada
Donde toda bondad y virtud mora
Y es gente cuerda, noble y asentada...* (1)

Y en efecto, habiendo pasado aquellos hombres su infancia en buenas casas, amaban la cultura por instinto y no quisieron legar a sus hijos su ignorancia, como lo veremos al encontrarlos propendiendo apresuradamente al establecimiento de colegios y fomentando la instrucción y acariciando togados. Los *cabildos* que hacían y que hemos leído en las actas de la Municipalidad, aunque están firmados según la socarrona observación de Rodríguez Fresle, son otra prueba del buen juicio, del talento en algunos notables, de la sana pero inculta razón, que brillaban en los *ciento sesenta y seis* hombres que conquistaron este populoso reino.

(1) Parte 1ª, Elegía xiv, Canto III.